

In Memoriam

ANTONIO GARRIDO MORAGA

Por Francisco J. Carrillo

Los Académicos franceses del XVIII llegaron a tomar el relevo de las “pasiones intelectuales” que se cultivaban en silencio tras los muros de los monasterios y fundieron a esas pasiones heredadas en controversia, en ansia de poder y de gloria. Llegaron a autodenominarse “Los Inmortales”. No existía en aquellos tiempos la línea divisoria entre las “letras” y las “ciencias”, hasta que la primera Academia de Francia, que fue la de Ciencias, llegó a imponer el cruce de caminos del pensamiento, tomando distancias, pero herederos, de los monjes que les precedieron. Las Academias también tenían los muros propios de una torre de marfil. Llegó un momento en el que el debate intelectual saltó a los cafés (en París, por ejemplo, “Procope” que aún existe). Hizo acto de presencia D’Alambert y los enciclopedistas. Fue la irrupción de la “opinión pública” en los reservados de la inteligencia que ya tenía un previo caldo de cultivo en las primeras universidades. El ritual del modelo académico francés se perpetúa en nuestros días del siglo XXI como una sacrosanta reliquia. Pero el pensamiento, en general, y los descubrimientos, se desarrollan en los extramuros académicos. Así lo demostró Antonio Garrido Moraga. Como compañero de Academia, he podido constatar durante algunos años sus valiosas aportaciones al trabajo académico sin atisbo ni tentaciones de “extraer” de ella ni ciencia, ni poder, ni gloria. Se ha escrito y dicho el merecido elogio al hombre público portador de una carga vital de servicio. Su oratoria y su retórica fueron para él instrumentos privilegiados de comunicación y de docencia abierta, más como dramaturgo griego cuyo teatro era la escuela del pueblo que como un habitual del Ágora. Fue un silencioso lingüista, especialidad esta compleja y evolutiva, que aplicó magistralmente a sus investigaciones y críticas literarias. Este era, por decirlo de manera muy sintética, su coto vedado de donde surgía la fuerza de la expresión que iba marcando su vida, sus hipótesis de trabajo, incluidas las osadas y las discrepantes que son las que definen al intelectual libre. En cierta ocasión, y de una manera coloquial, hablamos de lingüística, al hilo de la traducción que hice del libro “Sabiduría e ilusiones de la Filosofía”, de Jean Piaget (Ediciones Península). Amateur en este campo, hablaba con Antonio el especialista que, de inmediato, estableció un nexo entre Piaget y Noam Chomsky. Y la conversación derivó en la lingüística generativa que había ganado el terreno al comportamiento observable y sus influencias externas, con los resultados de investigaciones sobre “el espíritu”, sobre la realidad mental, sobre una estructura interna que debe ser la explicación profunda que subyace al comportamiento observable. Estas hipótesis de trabajo son de suma importancia para el análisis de la competencia lingüística en toda persona, así como en los análisis de las obras literarias y poéticas. La competencia lingüística respondería a una realidad mental (intuiciones lingüísticas) y no al comportamiento lingüístico observable. (Todo niño, sin patologías específicas, aprende a hablar. Es la base biológica del aprendizaje por inducción). Este tipo de conversaciones fugaces, entre un gran especialista que era Antonio Garrido Moraga y un amateur que ignora esta materia, la traigo a colación para destacar una de las dimensiones menos conocidas (salvo alumnos y epígonos) por la opinión pública del generoso amigo al que decimos adiós. Un amigo con una “matriz estructural” poliédrica entre lo sagrado y lo profano; entre lo civil y lo religioso público; entre la tradición y la modernidad; entre los propósitos y los despropósitos del arte y la lingüística generativa que sobrevuela la evolución de género humano, sus lenguajes y sus formas de expresión. Quizá tenía razón el gran sociólogo y maestro Henri Desroche: “ese conjunto de razones de vivir o de morir en donde el entusiasmo tiene sus razones que la razón no conoce”.